

Para la aplicación de la teoría de los errores de cruce

For the application of the crossing error theory

Gaetano, Guillermo¹

RESUMEN

En el intento de continuar desarrollando la incipiente teoría de los errores de cruce sugerida en el período '74-'76 por Lacan, se pretende articular sus potencialidades de configuración de cuadros psicóticos y de evoluciones aplicándolo en un caso clínico

Palabras clave: Error de cruce - Reparaciones - Psicopatología

ABSTRACT

The aim of this paper is to develop the emerging theory of crossing errors suggested during the period of '74-76 by Lacan. The main objective is to articulate its potentialities of configuration in psychotics and changes being applied in a clinic case

Keywords: Crossover Error - Repair - Psychopathology

¹Psicoanalista. Supervisor. Prof. Lic. en Psicología, Universidad de Buenos Aires. Director: Centro de Día "Capacidades Diferentes".
E-Mail: guillermogaetano@yahoo.com.ar

En el esfuerzo por desarrollar y promover una lectura psicopatológica autónoma a las tradiciones médico-positivistas se intentará hacer uso de los avances presentados por Lacan en el período '74-'76. En dicha etapa, donde un sismo conceptual es puesto a la orden del día, Lacan se habilita a conducirse por distintas líneas de investigación al mismo tiempo en que el equívoco es su brújula. Así, el esbozo de una teoría de los errores de cruce es una de las líneas consideradas en dicho período. Esta teoría postula una presentación del nudo borromeo donde cada cruce posee una significación en la organización psíquica simultáneamente a que favorecen o no la organización de espacios de goce definidos. Establece la idea de operatorias de reparación de los errores bajo cuatro formas (anudamiento, costura, encadenamiento y sinthome) más el operador transferencial y la traducción de la lectura estructural bajo la forma "material" en que a partir de dos errores de cruce simultáneos se definen las psicosis.

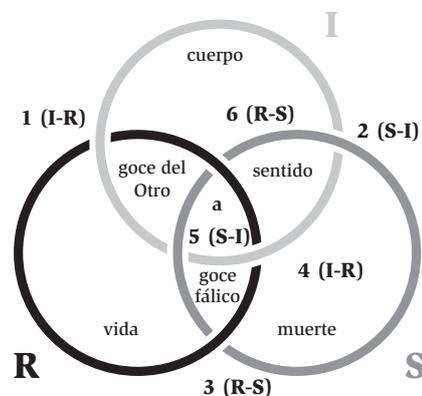
Esta traducción material permite iniciar un camino de investigación que determine los alcances y límites de la propuesta psicopatológica bajo la siguiente perspectiva: por un lado, la definición de los cuadros psicopatológicos y, por otro, la articulación de las manifestaciones de las psicosis en la composición de lugares que el nudo borromeo permite considerar.

El primer aspecto busca establecer configuraciones intrínsecas de las estructuras psicóticas desde una perspectiva psicoanalítica alejada de concepciones que postulan el "encuentro" entre discursividades tan antitéticas como la médico-psiquiátrica y la analítica como un "valor", escondiendo bajo la alfombra divergencias ideológicas, metodológicas y prácticas, permitiéndose usar categorías cargadas de desencuentros, olvidando la riqueza que nuestra clínica y que nuestra teoría aportan para alcanzar tal fin.

Considerando que el nudo posee seis cruces, hacer uso simple de una combinatoria nos arroja quince (15) configuraciones de nudo de dos (2) errores y veinte (20) configuraciones de nudo de tres (3) errores. Encontrándonos aún en proceso de elaboración, se torna difícil concluir si el total de configuraciones mencionadas será el necesario para establecer un mapa psicopatológico de las psicosis o si se requerirá arreglos en función de la preeminencia de algunos cruces de mayor ponderación –e incluso excluyentes para definir una psicosis- o de alguna otra observación (1).

Esto nos lleva al segundo aspecto, la composición de lugares que el nudo permite considerar. Tal como hemos anticipado, Lacan dejó inconclusa la teoría de los errores de cruce (2) por lo que, en el esfuerzo reconstructivo, debemos recuperar los errores de cruce trabajados y desarrollar los no desplegados.

Teniendo como base el siguiente esquema con la nominación de los cruces:



debemos decir que Lacan ubicó –y trabajó- primeramente el cruce [5] (3) y, luego, el cruce [6] (4) (5).

Por un lado, el cruce [5] es compuesto por los lapsus de cordeles simbólico e imaginario en el "interior" del cordel real. Por otro lado y en el extremo opuesto y, en tensión con aquel, la media *vejiga de pez* que definen los cordeles simbólico e imaginario -limitado por lo real- es el espacio que Lacan proporcionó para ser habitado por el 'sentido'. Así, el cruce [5] será definido como el lugar donde se produce el efecto –en lo real- del sentido. El error en cruce [5] presupondrá un déficit en el proceso por el que el sentido –producto de la articulación de los registros simbólico e imaginario- pretende asir o afectar a lo real. Un error en [5] implicaría una interrupción del camino en que regularmente podría acceder el sentido –con sus condimentos tanto simbólicos como imaginarios- de abrazar un real que se impone, insiste o resiste a ser tomado.

En cruce [6] en el interior del registro imaginario también en tensión con la media vejiga opuesta, es decir con aquello excluido de dicho registro: en este caso, el espacio habitado por el 'goce fálico'. Un correcto cruce de [6] faculta la aparición de la significación fálica, habilita la articulación del inconsciente con el lenguaje a través del operador fálico como posibilidad. Contrariamente, el lapsus en [6] "desabona el lenguaje de inconsciente" –al decir de Lacan sobre Joyce-; el brillo fálico queda ausente del decir y el semblante pierde su posibilidad de ser.

Bajo esta misma estrategia presentada por Lacan, nos queda por pensar el cruce [4] que está en oposición a la media vejiga donde se halla el 'goce del Otro'. Allí debemos ubicar el aspecto simbólico del "goce del Otro", es decir, el lugar donde lo simbólico traduce en 'norma' o 'ley' aquello que goza. Lo gozoso del Otro queda transcrito como efecto de lo simbólico en la ordenación y la normatización.

Pudiendo presentar el método de razonamiento utilizado por Lacan para pensar los cruces interiores, debemos decir que, contrariamente a ello, no poseemos el procedimiento para abordar los cruces exteriores, al menos no el brindado por Lacan.

No parecería descabellado autorizarnos a pensar cada uno de los cruces exteriores en función del registro excluido de él y transformar cada uno de los errores de cruce en un posible racconto fenoménico de lo presente en los cuadros psicóticos. Ello podría ejemplificarse tomando una manifestación y pensar su ubicación en el cruce. Por ejemplo, si tomáramos el fenómeno alucinatorio podríamos presuponer rápidamente y ubicarlo en el lugar donde lo imaginario queda excluido, es decir, en el cruce [3], lugar donde lo real y lo simbólico deberían articularse. Lamentablemente al utilizar esa estrategia estaríamos no sólo desperdiciando la potencialidad de la teoría sino, y fundamentalmente, equivocando nuestra propia tradición metodológica, cayendo en la simple técnica de la observación fenoménica –una clínica de la mirada–.

Parafraseando a Freud en su “Sentido de los síntomas” (6), las psicosis nos muestran también fenómenos que requieren de una exhaustiva escucha y un minucioso análisis para determinar la compleja trama que los produce para facilitarnos, así, el camino hacia la adecuada intervención. El fenómeno *jamás* es expresión de un cuadro, es tan sólo la puerta de entrada al terreno de la penetración analítica de la problemática en juego.

Tomemos el ejemplo planteado de la alucinación. Si bien es cierto que en la economía psíquica de determinados cuadros la exclusión de la dimensión imaginaria, en tanto fenómeno ajeno al ‘yo’, es la característica; en otros, el compromiso del fenómeno alucinatorio estará en el contenido gozoso –acusatorio, inquisidor o injurioso–. Ello nos obliga ya no a pensarlo en su relación con el cruce [3] y su vínculo parasitario con el desarticulado espacio de goces de cuerpo fragmentado, voces y/o sonidos que habitan lo que no puede ser articulado por el espacio vejiga destinado al ‘goce fálico’ sino al espacio vejiga ‘goce del Otro’. La alucinación que manda, exige o insulta parecería más vincularse al error en [1], es decir a un distorsionado espacio de ‘goce del Otro’.

Incluso, determinados fenómenos alucinatorios podrían también pensarse en relación a otro error de cruce, al lapsus en cruce [2]. Éstos, quizá no los más frecuentes en la clínica de las psicosis –pero no por ello ausentes–, tienden a presentar la forma de vivencias de ‘presencias’ o ‘sombras’. Quienes hemos tenido oportunidad de trabajar con este tipo manifestaciones de enfermos observamos que, lejos de expresar desarreglos en los espacios de goces ‘fálico’ o ‘del Otro’, muestran una anomalía radical en torno al campo del ‘sentido’. Estos fenómenos tienden a quedar dentro de esos límites: como una puerta abierta hacia un enigma que invita hacia una develación de algo, pero que nunca avanzan de esa dimensión de “posibilidad”; hasta que finalmente cesan, pierden interés, desaparecen las vivencias de temor asociadas y la dimensión de incógnita y, se disipan las condiciones de emergencia de un saber por alcanzar o construir.

Bajo esta concepción, dos manifestaciones fenoménicas disímiles podrían remitir a un mismo error de cruce dada la ponderación puesta en la lógica de articulación de espacios de goce y del registro que quedó exceptuado del proceso de constitución del fenómeno.

Tomemos otro ejemplo. Las epifanías joyceanas nombradas por Lacan como fenómenos de presunción de su estructura, aunque no ubicadas por él en un error de cruce específico, podrían referenciarse al lapsus en cruce [2]. Fenómenos de revelación de sentidos que articulan aspectos simbólicos e imaginarios pero que excluyen toda dimensión real. Si ello fuera así, la configuración del “caso” Joyce quedaría definida –en su forma material– por los dos errores de cruce necesarios para alcanzar la definición del *sinthome* al momento de alcanzar su estabilidad conceptual (7). Recordemos que Lacan sitúa uno de los errores, el error en [6], aquél que representa al lenguaje joyceano “desabonado de inconsciente”. Por tanto, la posible configuración del supuesto cuadro de Joyce sería: “E2: [6,2] *Sinthomado*”; es decir, un cuadro de dos errores (E2) con error en [6] y error en [2] reparado por un cuarto encadenamiento, el *sinthome*.

Pues entonces, retomando, frente al “sentido de los síntomas” pensados por Freud con respecto a las neurosis, debemos considerar en concebir un equivalente para el campo de las psicosis. Y ese equivalente puede postularse como “la lógica del fenómeno”. Allí, el fenómeno debe remitirse al desarticulado espacio de goce que la lógica de cada configuración psicótica refiera. Así, la correspondencia fenómeno-cuadro psicopatológico quedará desbordada por las posibilidades que el nudo borromeo, en la propuesta presentada en “La tercera”, brinda. Ahora bien, vale una digresión y aclaración: que el síntoma posea, en las neurosis, una relación privilegiada –en términos de operatoria analítica– con el sentido, no excluye que, bajo determinadas circunstancias y bajo determinadas operatorias transferenciales, el sentido –*un* sentido, su interrupción, su construcción, etc.– sea un instrumento de intervención en las psicosis. Obviamente, en la mayoría de los casos, el sentido –su búsqueda, su articulación, su vacilación, etc.– no es suficiente operador clínico.

Llegado aquí y valiéndome del razonamiento realizado parece no ser incorrecto suponer una diferencia conceptual entre los cruces internos [4,5,6] y los exteriores [1,2,3]. Los interiores se encuentran en relación con las *funciones* que los espacios de goce estructurados posibilitan en el registro al que no pertenecen. O en su defecto, con la carencia o déficit de las funciones. Mientras que los exteriores se relacionan con las consecuencias manifiestas –en términos fenoménicos– del desorden o del funcionamiento fallido de un espacio de goce en particular en su relación con el registro excluido del proceso de conformación del fenómeno en cuestión.

Quisiera, ahora, dar un ejemplo clínico para alcanzar una mejor representación de las posibilidades de representación del modelo psicopatológico.

Caso Adrián A.

Adrián ingresa a los 20 años a un dispositivo de Centro de Día luego de haber concluido escuelas de recuperación, especial y educación primaria para adultos. Con antecedentes de episodios de heteroagresión a los 8 años de edad (posible aparición de psicosis infantil) que son contenidos con cambios en dispositivos escolares e intervenciones psicoterapéuticas y psicofarmacológicas.

Su primer año dentro de las actividades del Centro transcurre con buena adaptación e integración. Si bien muestra algunos déficits en términos cognitivos con áreas vinculadas a lo escolar, presenta buen nivel simbólico en lo que respecta a trato con otros y humor. Sus despliegues conductuales no muestran intereses acordes a lo “esperable” a su edad sino más bien ciertas formas de picardía infantiles o de “hacerse el tonto”.

Pasado cierto tiempo, su buen humor comienza a desaparecer y expresiones de angustia inespecífica se hacen presentes. No logra referenciar su estado, su preocupación ni sus angustias. Eventualmente comienzan a irrumpir episodios de heteroagresión. A veces le pega un sopapo a algún compañero o compañera de manera sorpresiva. No sabe por qué, no puede asociar palabra. Se muestra angustiado por lo acontecido. A veces, el mismo estado de angustia lo apremia y lo lanza, paradójicamente, a reiterar sus agresiones. Las situaciones heteroagresivas se hacen más frecuentes, se pueden dirigir a compañeros o profesionales indistintamente pero con la particularidad de ser acotadas y sorpresivas. Se comienzan a implementar diversas intervenciones. Por un lado, por momentos se lo aparta de la escena grupal, se intentan intervenciones que aporten sentido. Se mantienen entrevistas familiares buscando detectar alguna situación desencadenante sin obtener situaciones de especial interés. Se realizan intervenciones domiciliarias con trabajo social. Desde el área médica se comienzan a realizar modificaciones en el plan farmacológico con subas en dosis de neurolépticos y ansiolíticos, luego con rotaciones de principios activos. Nada parece acotar el proceso que continúa in crescendo. Se siguen evaluando posibles intervenciones surgiendo, incluso, la posibilidad cada vez más presente de internación. En reuniones de equipo decidimos acompañar el proceso del paciente desde el dispositivo, aunque incorporando un acompañante terapéutico para trabajar uno a uno con el joven, quien debía habilitar la escena grupal –cuando Adrián podía sostenerla- y restarlo -en momentos en que no-.

Luego de algunos meses del inicio de la descompensación del cuadro, incluimos esta nueva figura. Frente a ello se termina de instalar una situación particular, aquel que ocupa el rol de acompañarlo no es, generalmente, objeto de las agresiones. Al mismo tiempo comienza a escenificar intentos de agresión o provocación a terceros, donde el “forcejeo” –a veces lúdico a veces no- con el acompañante está a la orden del día. Finalmente, y de manera progresiva, comienza a colocarse un fenómeno en transferencia y con tinte lúdico: comienza a representar un rol femenino. Por momentos, Adrián deja de ser él

y aparece “Isabella”. Siendo “Isabella”, Adrián puede hablar. Adrián arma y desarma historias sobre ese personaje. En general, “Isabella” representa a una mujer sufriendo, aparece como mujer golpeada o en crisis matrimonial; a veces enamorada de un famoso locutor, a veces con crisis por sus hijos adolescentes. Adrián se comienza a tomar un tiempo para armarse una máscara diariamente. Una vez armada y puesta sobre su rostro, “Isabella” aparece en escena. Poco a poco sus agresiones comienzan a detenerse, y nunca bajo el rol de “Isabella”. Siendo “Isabella” la posibilidad de la escena grupal se vuelve a abrir. Recupera sus charlas con pares, comienza a participar de las actividades cotidianas.

El proceso concluye aproximadamente seis meses después de haber comenzado. Adrián está compensado nuevamente. A veces es “Isabella”, a veces no. El rol de acompañante se diluye en la circulación de transferencias cruzadas que se produce en un dispositivo diario, con varios profesionales transitando.

Adrián alcanza su estabilidad. “Isabella” fue apareciendo cada vez menos hasta que, luego de un año y medio, sólo era un recuerdo. Transcurren, así, dos o tres años más. Un día se acerca la madre del joven a la institución. Relata que Adrián ha tenido algunos episodios de agresión con sus hermanos; alguna bofetada sorpresiva, rotura de algún objeto. Durante varios meses, Adrián continúa de similar forma: estable dentro del dispositivo pero con episodios de agresión cada vez más recurrentes en su casa. Nuevamente Adrián no puede dar cuenta –no puede construir sentido- de lo que lo toma. Finalmente aparecen las manifestaciones dentro del dispositivo.

El proceso se repite nuevamente: intervenciones desde las diversas áreas con poca eficacia hasta la inclusión de la figura del acompañante. Nuevamente partiendo desde un rol de contención hasta que se comienza a instalar –progresivamente- la presencia de un personaje femenino. Ahora se llama “Elisabella”. Arma y desarma historias, retoma la “vida” de su anterior personaje sólo que ahora se está separando de su segundo marido, el famoso locutor. En la medida en que el personaje comienza a tener lugar, las agresiones y el “mutismo” angustioso de Adrián comienzan a ceder. Finalmente, varios meses después, se reestablece la organización de Adrián.

Reflexiones sobre el caso

Si intentamos aplicar la teoría de los errores de cruce para reflexionar sobre el caso rápidamente observamos que el error en cruce [6] es el que da inicio a la descompensación de Adrián. Recordemos que dicho cruce –en correcta posición- es el que Lacan atribuye a la articulación del inconsciente con el lenguaje. A partir de esa articulación el sentido se constituye como posibilidad. Vemos en Adrián que el campo del sentido se encuentra en radical exclusión con respecto a sus actos o las motivaciones de sus actos. Adrián no puede dar cuenta de qué le sucede ni por qué le acontece. No hay posibilidad de encender la “máquina” de la construcción del saber y del

sentido. Hay una tajante desaparición de la posibilidad de significación sobre lo que ocurre.

Ahora bien, siguiendo el presupuesto de la preexistencia de dos errores de cruce como base de todo cuadro psicótico –presupuesto sostenido a partir de la estabilización material del concepto de *sinthome*- debemos considerar, en Adrián, la forma en que su manifestación se produce para, así, ubicar el cruce que complementa su desestabilización. Y las manifestaciones no son otras que los episodios heteroagresivos. En los episodios de agresión espontánea y/o explosiva existe un déficit, carencia o ausencia de atravesamiento simbólico del fenómeno. Por ello, debemos seguir la pista que nos brindan los cruces donde lo simbólico se encuentra ausente. Si observamos el gráfico veremos que existen dos cruces con ausencia de cordel simbólico, el cruce [1] y el cruce [4]. Ambos se conforman por el cruce de cordeles imaginario y real. La diferencia entre ambos es que el error en [4] “estalla” en el centro de lo simbólico por lo que, podemos conjeturar, que las consecuencias y manifestaciones de un error en [4] implicarían una verdadera revolución en las normatizaciones y ordenación de las conductas tanto como del lenguaje. En cambio, el error de cruce en [1] parecería

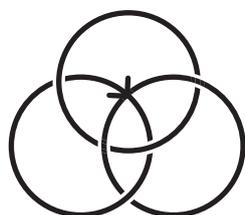
más acorde a las manifestaciones del caso. Incluso considerando la singular triangulación que establece entre el acompañante y el potencial objeto amenazado a ser agredido, donde una escena a Otro está pretendiendo ser puesta en escena.

Por ello, si nos habilitásemos a hacer uso de la teoría de los errores de cruce para establecer una lectura psicopatológica con pretensiones de alcanzar una caracterización intrínseca de las psicosis, la configuración del caso podría expresarse como “E2: [6,1]”, es decir, psicosis con error en dos cruces, en cruce [6] y cruce [1].

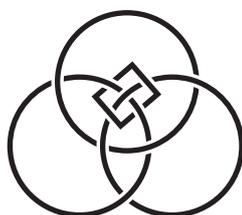
Ahora bien, la caracterización no estaría del todo completa ya que “E2: [6,1]” podría ser la escritura del caso al momento de la desestabilización. Adrián ha alcanzado un tipo de reparación que puede y requiere ser expresada en la escritura.

Recordemos las formas de reparación nombradas por Lacan: Sutura o Anudamiento; Encadenamiento; Costura; y, *Sinthome* (8). Cabe mencionar que a ellas agrega, también, a la transferencia como operador reparador (9). Representémoslo imaginando error en [6] para los primeros 3 casos.

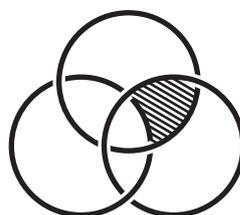
Anudamiento



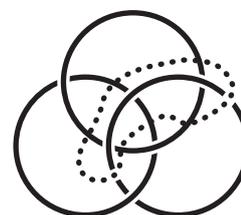
Encadenamiento



Costura



Sinthome (sobre E2 en [2,5])



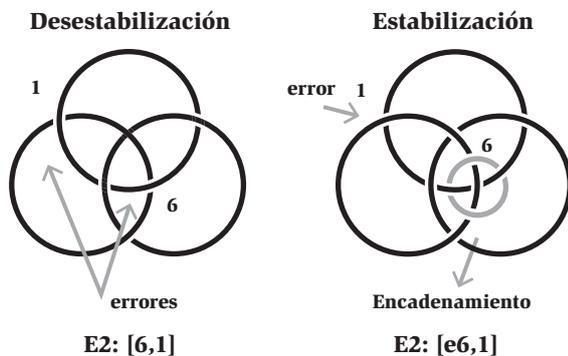
Ahora bien, rastrear las reparaciones de encadenamiento y *sinthome* en Lacan puede ser una empresa fructífera. En cambio, anudamiento y costura quedan para la intuición de los analistas que se desafían en los textos de la última etapa de producción de Lacan. Sin pretender cerrar la cuestión, pero con la intención de avanzar, podría ser una vía de ingreso articular el anudamiento y la costura en relación al encadenamiento. Si el encadenamiento fue vinculado por Lacan a las posibilidades del “yo” o “ego” de comportarse como un reparador que “convierte” o “transforma” un déficit –el error en cuestión- en un instrumento de lazo (en Joyce los “300 años en que los universitarios tratarán de entenderlo”) con otros, el anudamiento debería pensarse como un recurso menor, con menores potencialidades funcionales. Así por ejemplo, intuitivamente, creo que determinados fenómenos de “certeza psicótica” podrían representar adecuadamente ese tipo de reparación. Por un lado, establece una radical coagulación del sentido pero, por otro, detiene un desmoronamiento del sentido de consecuencias inciertas para la organización del psiquismo. Por

un lado -y como respuesta del propio psiquismo-, detiene o mesura el alud de significaciones que arrastrarían los espacios de goce y el sentido pero, por otro, rigidiza el campo de significaciones y compromete al “yo” a restringir su potencialidad de movilidad y transformación.

Para representarnos el problema, utilicemos el recurso “Isabella” de Adrián. Radicalmente distinto sería que él posea la certeza de ser “Isabella”. Adrián establece una relación de “entrada y salida” de un personaje que, más allá de cumplir o satisfacer motivaciones inconscientes, jamás compromete a su “yo” a convertirse en estatua de sal frente al espejo. Su “yo” conserva las potencialidades ser uno y otro, de mudarse o afirmarse, indistintamente y autorreguladamente. Entonces, la distancia entre ser “Isabella” y representar “Isabella” en Adrián, puede ser un claro ejemplo entre las dos formas de reparación.

Entonces, dando lugar a lo expuesto, la configuración de la psicosis del caso podría escribirse como “E2: [e6,1]”, es decir, psicosis con error en dos cruces [6] y [1], estabilizada por “encadenamiento” en [6].

Grafiquemos los dos momentos:



Sinteticemos algunas conclusiones que rescatamos del caso para abonar a la teoría de los errores de cruce.

Como ya fue expuesto, las psicosis se configuran a partir de dos errores de cruce, aunque sólo en los casos de reparación sinthomática se alcanza la reparación conjunta en una sola operación. Puede darse el caso de distintas reparaciones sobre distintos errores, aunque en dos tiempos. La reparación de un error –sobre dos- favorece a la estabilización del cuadro.

Por otra parte, hemos avanzado estableciendo una distinción cualitativa entre los errores de cruce internos y los externos. Evidentemente mientras unos –los internos- se caracterizan por ser funciones estructurantes, comprometiendo la interrelación de los tres registros; los otros, expresan las manifestaciones del desarreglo de dos de los registros. Al mismo tiempo, no parece ser menor la ubicación en el nudo ya que mientras los cruces externos comprometen -o por el contrario, son determinados- por un espacio de goce en particular, los interiores no sólo se encuentran en la intersección de dos espacios de goce y en estrecha relación con el espacio de goce opuesto (de acuerdo a la estrategia propuesta por Lacan), sino también, por la responsabilidad en la delimitación del agujero central: lugar habitado por el objeto a, fundamento y posibilidad de una economía psíquica estructurada.

También se debe destacar la capacidad de observar la distinción entre fenómenos psicóticos que habilita teoría. Si bien las diferencias entre las manifestaciones de errores de cruce y las manifestaciones de las reparaciones de los errores ya existían en la literatura analítica –incluso estas últimas son inauguradas por Freud en su concepción del delirio en tanto fenómeno restitutivo- la representación queda lograda de forma hasta el momento inédita. Asimismo, el impulso puesto sobre la idea de reparación de error de cruce nos conduce, no sólo al contraste entre los diferentes fallos posibles en la estructuración (de espacios de goce) sino también al camino reflexivo y técnico de articulación y fomento de distintas reparaciones –una dirección de la cura-; reparaciones que implican mayores y menores niveles de complejidad en su relación de concordancia o no con las posibilidades del analista y del paciente.

Llegados aquí, varias cuestiones quedan como problemas por resolver para poder avanzar en la construcción de una teoría consistente de los errores de cruce y su aplicación y “traducción” en lo que podría llamarse un modelo psicopatológico de descripción de cuadros y de evolución.

Uno de ellos es el lograr precisar con mayor detalle las formas reparatorias de los errores de cruce. Y ello, no sólo como diferenciación entre las diversas modalidades nombradas por Lacan sino también, en cuanto a los errores de cruce que son posibles de ser reparados por cada una de las formas.

Tomemos el caso de la “costura”. Sólo como posible diferenciación introductoria al problema de las reparaciones, la “costura” podría ser intuitivamente representada bajo dos formas. Una, cuando los cuadros psicóticos se estabilizan bajo la forma de “debilidad”. Allí el campo del sentido, dejando a un costado las etapas de ebullición de las significaciones, se compensan en un pensar “débil”. Otra de las formas podría representarse cuando un espacio de significación que la cultura encuadra y contiene las de sujeto. Llámese religioso o político. Éstos, en algunas circunstancias, logran domeñar las vicisitudes convulsionadas del sentido –sobre todo cuando el operador fálico brilla por su ausencia- por tiempos prolongados. Ahora bien, ¿es posible pensar “costuras” con respecto a los espacios de goce? O retomando el problema del encadenamiento ¿El “yo” podrá arbitrar recursos para alcanzar reparar otros errores de cruce distintos al [6]? Si se daría el caso, ¿Cuáles serían esos recursos y en qué cruce?

Otra de las cuestiones que quedarán para futuras investigaciones es el lograr caracterizar con mayor detalle la funcionalidad del operador transferencial, tanto en la promoción de reparaciones como en los casos en que la transferencia es un reparador.

Finalmente, debemos decir que existe un extenso campo fértil por sembrar con respecto a la teoría de los errores de cruce. Y ese, no sólo nos conduce hacia el terreno de las psicosis sino, también, al de las neurosis. Bajo el mismo esquema borromeico Lacan intentó unificar el campo psicopatológico al mismo tiempo que sostuvo las diferencias estructurales. Utilizar un esquema único nos obliga, entonces, a ahondar los esfuerzos para alcanzar los frutos de la propuesta o, en su defecto, a toparnos con los límites de su consistencia.

Conclusión

El trabajo ha logrado avanzar en la identificación de los cruces, diferenciando los interiores de los exteriores. Al mismo tiempo, ha caracterizado las reparaciones en las psicosis y ha puesto en práctica –con un caso clínico- un modo de configurar los cuadros psicóticos con los criterios que brinda lo que he dado en llamar la teoría de los errores de cruce.

La operatoria de abordaje ahonda en despegar la relación biunívoca entre fenómeno psicótico y cuadro, proponiendo una modalidad diagnóstica que, recuperan-

do la lógica estructural, promueve una lectura de la organización –o no– de los goces comprometidos.

Progresar en la aplicación dentro de la casuística clínica es uno de los objetivos por emprender, en vistas a lograr la amplia caracterización del abanico de presentaciones de las problemáticas psicopatológicas y, confrontar la propuesta con sus propias posibilidades y límites.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- J. Lacan “La Tercera” en *Intervenciones y Textos 2*. Ed. Manantial. Bs. As. 2010
- J. Lacan (1974-1975) *Seminario 22*. RSI Inédito. Traducción Ricardo E. Rodríguez Ponte.
- J. Lacan (1975-1976) *Seminario 23*. El Sínthoma. Versión Crítica. Traducción Ricardo E. Rodríguez Ponte. Inédito.

NOTAS

¹Dos consideraciones que podrían restringir el espectro. La primera se encuentra vinculada a que el conjunto de combinaciones de tres (3) errores podría verse reducido a la mitad si pensamos que el objeto nudo producto de tres errores definidos es el mismo objeto que el de los tres no seleccionado. Por ej., el objeto producto de errores [1.2.3] sería el “negativo” idéntico a [4.5.6], según cual serie se *crea* errónea. La segunda se encuentra vinculada a la posible pondera-

ción que deba hacerse de los cruces interiores, llegando al punto de excluir las series que no posean errores interiores. Ponderación que aún no nos encontramos en condiciones de responder.

²Especulando sobre este aspecto es posible atribuir a dos cuestiones el dejar postergada o inconclusa la teoría. Por un lado, a partir del seminario 24, Lacan intenta incorporar el problema de las neurosis desde la idea del error de cruce inicialmente, para luego, desplazar su representación del nudo cordel al nudo toro. Y ello ocupa sus reflexiones de operatorias sobre toros. Por otro, en su intento –a la postre también inconcluso y, para muchos, fallido– de despojar el nudo de toda significación y metáfora, hace que deje a un lado al nudo representando lugares y espacios de goce.

³Ver Lacan, J., Seminario “RSI” clase del 11-2-75.

⁴Ver Lacan, J., Seminario “RSI” clase del 11-3-75. También ver Lacan, J., última clase del Seminario “El Sinthome” donde trabaja el error del cruce [6].

⁵Ver “Para una teoría de los errores de cruce”, Gaetano G. En “Investigaciones en Psicología” UBA 2015. En edición.

⁶Ver S. Freud “El sentido de los síntomas” En Conferencia 17. Años 1916-1918.

⁷Clase del 17-2-76, pp. 111, Lacan, J. Seminario 23 “El Sinthome”.

⁸En Lacan, J. Seminario 23 “El Sinthome”. Anudamiento en clase del 16-12-75, pp. 37 (representación del nudo trébol) y clase del 13-1-76, pp. 59 y 60. Encadenamiento en clase del 11-5-76, pp. 170. Costura en clase del 13-1-76, pp. 59 y 60. Sinthome, entre otras, en clase del 17-2-76, pp. 111.

⁹En Lacan, J. Seminario 23 “El Sinthome”. Ver clase del 13-4-76, pp. 151 y 152.